

LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

82

J. NATALICIO GONZALEZ
**AMERICA EN EL MUNDO
DE AYER Y DE HOY**



COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES
DE AMERICA LATINA

UNAM

J. NATALICIO GONZALEZ
AMERICA EN EL MUNDO
DE AYER Y DE HOY



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
Facultad de Filosofía y Letras
UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA

J. Natalicio González (1897-1966), pensador y político paraguayo. Fue presidente de su país entre 1948 y 1949. Como historiador e intérprete de la historia de la cultura del Paraguay, escribió diversos e importantes trabajos: *Solano López y otros ensayos*; *Paraguay Eterno*; *La Guerra del Paraguay*; *El Dr. Francia y la dictadura en Sudamérica*. Habrá que destacar, *Como se construye una nación* y *Proceso y formación de la cultura paraguaya*. Trabajos en los que la historia, la cultura, la política y el pensamiento de esa nación quedan expresados dentro de una original concepción de la historia. Funda la revista *Guaraní*, en la que se recogen varios estudios sobre la realidad de Paraguay. Desterrado como embajador a México, funda la Editorial Guaraní en donde se publican diversos e importantes libros sobre la Cultura Latinoamericana.

En el ensayo que publicamos aquí, resumen sus ideas sobre la cultura y la historia de la América de la que es parte el Paraguay. Se habla de Europa, las dos Américas, de los problemas que sus relaciones expresan a lo largo de este trabajo se hace expresa la búsqueda y definición de la identidad de esta nuestra América.

AMÉRICA EN EL MUNDO DE AYER Y DE HOY

Por J. Natalicio González

Obedeciendo a tendencias intrínsecas, ineluctables casi, porque forman parte de su propia estructura espiritual, América comienza a salir de su particularismo y se ve precisada a pensar y vivir en términos universales. Este hecho le sorprende a los americanos del norte en la plenitud de su poderío, y precisamente es esa avasalladora plenitud la que ha venido a crear este nuevo clima de la historia; contrariamente, a los americanos de habla hispano-portuguesa aún les falta movilizar las riquezas latentes de su medio físico, organizar sus instituciones libres y llevar el proceso de su cultura a un grado de madurez que le defina claramente como una nueva modalidad de la cultura universal. En tanto que los Estados Unidos han llegado a ser la máxima potencia de nuestro tiempo, Indoamérica alcanzará en un futuro inmediato un poderío en todo similar. Si ambas Américas se penetran, coordinan su política y actúan al servicio del espíritu, el centro de la civilización universal permanecerá indefinidamente en nuestro hemisferio.

Esta marcha de la historia viene a plantear en términos totalmente nuevos el problema de nuestras relaciones con los países europeos y de nuestra posición en el mundo. Desgraciadamente, la mentalidad predominante en ambos continentes actúa en un plano propio de comienzos de este siglo; la realidad de nuestros días le ha superado, y el mundo se rige por su propia dinámica, al margen de todo racionalismo. Las inteligencias rectoras, o que se creen tales, se manifiestan crónicamente, tomando como objeto de sus especulaciones una etapa histórica ya cerrada, y por eso sus ideas no son válidas para la vida de hoy. Uno de los mitos que más perturba la clara visión de las cosas es la idea de una Europa tentacular, guía del mundo, idea que sobrevive a la realidad como la luz de una estrella extinguida.

¿Cómo es que una espléndida realidad de la que todos fuimos testigos, ha llegado a convertirse en un mito perturbador del mundo moderno? Creo que no es difícil sorprender esporádicas señales de ese cambio a lo largo de la historia continental.

1. *La América indígena*

América fue inicialmente un mundo autónomo. Sus pueblos, cualesquiera hayan sido sus lejanos y desconocidos orígenes, crearon una civilización peculiar con la sola fecundidad de su propio genio, sin el aporte de milenarias experiencias anteriores de otros continentes, como ocurrió en el mundo greco-romano y en la Europa cristiana. De ahí proviene el desequilibrio desconcertante de las culturas indígenas del Nuevo Mundo. Algunos rasgos de la misma brillan a inigualada altura; otros son de una limitación irritante. Y ciertas manifestaciones de su ritual religioso, como la antropofagia y el sacrificio humano, son de una barbarie tan sanguinaria, que desconciertan a los que conciben racionalmente el proceso de la historia.¹ En una escala más humana, y no como sistema sino como accidente, a manera de bruscos despertares ancestrales irreprimibles, en la historia de la América independiente aparece igualmente una extraña mezcla de brutalidades primitivas y de la más alta y fina espiritualidad. Son las secuelas de un medio físico abrupto, no totalmente humanizado.

La botánica médica y agrícola de aztecas, kechuas y guaraníes, estaba por encima de la europea. Las matemáticas que elaboraron las culturas de Mesoamérica, y el calendario, de extraordinaria precisión, que inventaron, no tuvieron rival en ningún otro continente. Los mayas usaron un sistema de numeración escrita superior a la romana, y *“por primera vez en la historia de la especie humana, hace notar Sylvanus G. Morley, concibieron un sistema de numeración basado en la posición de los valores, que implica la concepción y el uso de la cantidad matemática cero, un portentoso adelanto de orden abstracto. Desarrollaron un sistema aritmético de posiciones, adoptando la base 20 como unidad de progresión, en lugar de la base 10, es decir, un sistema vigesimal en lugar del decimal, por lo menos mil años antes de que éste fuera inventado por los indostanos en el Antiguo Mundo, y cerca de dos mil años antes de que el sistema de*

¹ Para ser justos, convicne recordar que los aztecas concebían a la humanidad como condición para la existencia de los dioses. Las divinidades, consideradas como fuerzas rectoras y conservadoras del mundo, declinan y mueren si no les nutre periódicamente la sangre de los mortales. Los dioses preservan al mundo de la destrucción, pero a la vez la vida de los dioses depende de las ofrendas de sangre humana. Esta metafísica extraña ¿no es acaso de una trágica grandeza en su abnegación sin límites?

posiciones en matemáticas fuera de uso general entre nuestros antepasados de la Europa Occidental". En arquitectura, el estilo indígena de terrazas supuestas ha tenido un renacimiento contemporáneo en los rascacielos de Nueva York.

Como matemáticos, los mayas elevaron la abstracción y el cálculo a un grado de perfección insuperable, y crearon una especie de pitagorismo que trascendió en su religión y en su vida toda. Eran sabios y no guerreros; nos han legado una historia esencialmente abstracta, una historia del progreso de los conocimientos científicos, morales y religiosos, sin mención de guerreros ni conquistadores. Este es un rasgo distintivo de la concepción de vida de los mayas.

Las bases materiales de las culturas indígenas eran sumamente limitadas; no figuraban entre ellas ni el hierro, ni el acero, ni la pólvora. Por eso los mayas fueron fáciles víctimas de la conquista. ¿Qué podía el sabio, que medía desde su observatorio el curso de los astros y llevaba la cuenta de los días, frente al soldado analfabeto armado de un arcabuz? ¿Qué el agricultor docto en la ciencia de las plantas, que sabía de hibridaciones, ante los brutales buscadores de oro? Todos fueron aniquilados. Aún los aztecas, que divinizaron en cierto modo la guerra, cayeron vencidos por la superior técnica y material de la cultura europea, animada por una moral de depredadores, que el cristianismo logró atenuar pero no destruir.

Por estas circunstancias, aun sin aceptar la conquista de América como un hecho moral, aun repudiándola como principio motor de la historia, es fuerza reconocer que ella perteneció, dentro de la concepción de vida que Europa impuso al mundo, al número de hechos ineluctables que necesariamente tenían que integrar la trama de la historia universal.

2. *La Conquista*

En los movimientos de la Europa tentacular del siglo xv es fácil descubrir un substractum cósmico. Sus conquistas, más que los hombres, las emprendió la tierra, el medio geográfico, en la búsqueda de una expresión humana y racional del propio espíritu.

Por dondequiera que pasa, el hombre cambia la faz de las cosas. El fuego de los primeros agricultores, en el pasado, y el hacha y la sierra de los taladores de árboles, en nuestros días, han destruido selvas enteras, cambiando el régimen pluvial y hasta el clima de vastas regiones del planeta. Una ciudad que aparece en el desierto es el comienzo de la inten-

siva transformación de la comarca a que servirá de núcleo económico. El hombre ahuyenta a las fieras, multiplica con sus cuidados los animales domésticos y transforma la fauna de la zona en que hace sentir su influjo revolucionador. Hace surgir bosques artificiales en la campiña, reduce en campos de cultivo la floresta primitiva, inmoviliza las dunas errantes que el viento movía a los caprichos de su soplo, mediante el desagüe trueca en verdes praderas los esteros intransitables, con los abonos y el riego torna fecundo el erial de la víspera, y gracias a esta acción planificada selecciona la flora del habitat elegido, de acuerdo a sus necesidades y a sus gustos. Por eso he dicho más de una vez, que la cultura, en último término, se reduce al progresivo dominio del hombre sobre el medio, mediante la elaboración de valores, que son el resultado de la síntesis de la materia y el espíritu, o sea un fragmento de la naturaleza circundante en que el hombre ha estampado el sello de su personalidad, convirtiéndolo en algo apetecible por el conglomerado social. Gracias a una idealización intensiva de este proceso se llega a las creaciones del arte, que buscan el logro de un placer estético, y a las abstracciones de la ciencia, cuyo fin es dar fórmulas universales para el dominio de la materia.

Generalmente hay una conciencia terrígena que marca la dirección de las actividades sociales. Con un vago hermetismo, una infinita flexibilidad, pero sin apartarse de sus designios, que sólo varían en la medida de las transformaciones del medio físico, la tierra ejerce su callado influjo sobre los hombres y adquiere en ellos la obscura y nebulosa conciencia de sus necesidades y de su destino. La dinámica de sus moradores apunta hacia la integración de su habitat en un renovado esfuerzo por conquistar aquellos dones de que primariamente se hallaba privado. En este afán, que constituye el meollo de la historia universal, tienen su origen los tres modos vitales de actuar, excéntricamente, que conocen los pueblos: la depredación guerrera, o sea la conquista; el ímpetu mercantilista, que da origen al comercio; y por último, en una etapa superior, la espiritualización de las necesidades y apetencias regionales en un sistema ideológico que logra gravitar en el mundo, gracias a la difusión, a la simpática resonancia del ideal de vida de las culturas expansivas que, lejos de encogerse dentro de los términos de su región de origen, buscan realizar su hegemonía.

3. *La Colonia y la Independencia*

América sufrió estas varias formas de opresión y de do-

minio. A la arremetida del conquistador siguió la explotación venal de su tierra y de sus pueblos, organizada por los nuevos señores. Y luego el dominio ideológico de los pueblos foráneos.

La Conquista fue el asalto, el robo, el apoderamiento desalmado de la riqueza acumulada por los pueblos indígenas. Este asalto de un continente por bandas de magníficos forajidos, que mataban y saqueaban rezando a Jesucristo, revela en un momento único de la historia, el fondo de la ética europea, constituido por un ideal crematístico desafortado. Quien sepa ver y analizar, allí descubrirá el germen de las ulteriores tragedias de la civilización occidental.

Detrás del guerrero apareció el mercader; detrás de la Conquista la explotación racional del continente sometido. En efecto, la Colonia puede ser mirada como la empresa mercantil de mayor envergadura de los siglos pasados. Los Adelantados fueron simples habilitados del rey, cuyas funciones consistían en ampliar las posesiones del soberano, cobrándose la comisión correspondiente. Y tan era así, que las llamadas *capitulaciones*, origen jurídico de la autoridad de aquéllos, tienen todos los caracteres de un contrato comercial, por el cual el rey cede en explotación sus tierras americanas, reservándose un porcentaje en el lucro, y correspondiendo a los Adelantados otra parte expresamente fijada en las utilidades del negocio. Todo el sistema social, jurídico, político, económico y financiero de la Colonia, principalmente durante el ciclo de los descubrimientos que abarcó todo el siglo xvi, se funda en esta concepción de la explotación mercantil del continente americano. Cuando toda la tierra estuvo sometida, el rey ya no quiso socios. Eliminó al pueblo español americanizado y quedó como único capitalista, que a veces concedía alguna merced para apaciguar a los levantiscos. Mandó a sus Virreyes y Gobernadores, como gerentes de su grande empresa de Indias, a fin de asegurarse ganancias sustanciales. No obstante, se enseña a los pueblos americanos a festejar como fechas magnas de su historia aquellas que marcan su conversión en factorías inglesas, españolas o portuguesas. Orgullosamente celebramos los fastos de la esclavitud continental.

Hay que confesar, sin embargo, que la glorificación de "las rotas cadenas", como canta el verso del himno argentino, es una cosa nueva. La brillante generación de Mayo, como llamamos en el Río de la Plata a la generación de los libertadores, jamás incurrió en semejante aberración. Y es que aquella generación conoció la Colonia y supo valorar la Independencia.

Hoy está de moda hablar de nuestra liberación prematura. Pero el estudio atento y documental del pasado nos enseña que la extinción del régimen colonial fue el resultado de un largo proceso, la obra madura de los siglos y de los pueblos. Llegamos a la independencia por estos tres caminos:

1o. El aislamiento, que favoreció la asimilación del hombre europeo por la tierra americana. A los diez o quince años de su residencia en el nuevo teatro de sus actividades, el advenedizo blanco se sintió más americano que español. De la patria lejana no recibía sino males; era tan explotado por los agentes del rey como sus hermanos los nativos. Un caso típico de la americanización del español nos presenta aquel estupendo Lope de Aguirre, que en 1561 proclamó la independencia de América y, anticipándose a Bolívar, declaró la guerra a muerte a los realistas, marcando su paso desde el Perú hasta Venezuela con la sangre de los opresores. En su carta a Felipe II puntualiza la angurria del rey y de sus agentes expoliadores, que se apoderan de toda la riqueza nativa, y agrega estas palabras memorables: "He salido de hecho con mis compañeros de tu obediencia, desnaturalizándonos de nuestra tierra que es España, para hacerte la más cruel guerra que nuestras fuerzas puedan sustentar y sufrir".

2o. La difusión y el arraigo de la cultura en el Río de la Plata durante el periodo colonial, no fue empresa europea, sino la obra exclusiva de criollos, mestizos e indios. Todas las ciudades que florecieron en el desierto, desde Buenos Aires hasta Santa Fe y Corrientes, surgieron por el esfuerzo de los *mancebos de la tierra*, como nominaban los españoles a la primera generación de americanos que irrumpió en la historia rioplatense.

3o. La apropiación y monopolio de la técnica industrial europea por los nativos. El herrero, el carpintero, el fabricante de arcabuz, fueron los principales agentes de la dominación europea en América. Pues bien: poco a poco el hombre americano llegó a apropiarse de todos estos oficios y, dando un paso más, ejerció el dominio de las industrias básicas del país. En 1810, todas las embarcaciones que surcaban los grandes ríos platenses, lo mismo que las que hacían viajes a Europa, absolutamente todas, desde las fragatas hasta los botes, eran de construcción paraguaya. Entre los técnicos y obreros que trabajaban en los dos astilleros de la tierra guaraní no se encuentra un solo europeo, y la marina estaba totalmente en poder de los americanos. Median-

te este proceso, el pueblo se apoderó silenciosamente de todos los instrumentos de la dominación europea, y, llegada la hora oportuna, los convirtió en armas de la propia liberación.

Los pueblos americanos surgieron a la vida independiente abrazados a la ideología liberal, pero bajo el signo de la cruz. Aceptaban el utilitarismo industrial de la gran burguesía europea, pero al propio tiempo llevaban en sus entrañas la espiritualidad indígena, que los religiosos españoles supieron preservar y enaltecer. El clero criollo había sido ganado por la causa de la independencia, y por eso aparecieron aquellos extraños sacerdotes guerreros que llegaron al cadalso después de librar batallas en defensa de la libertad.

La grandeza de España no halla su símbolo más esclarecido, en los impudentes caudillos de la Conquista, sino en los misioneros altruistas y civilizadores. Un padre Bartolomé de las Casas vivirá siempre en la veneración de los americanos; y podemos decir en honor de España, que ningún otro país europeo de la época hubiera podido producir y menos tolerar un espíritu semejante, que supo defender la dignidad del hombre con tremendo apasionamiento, a veces con un furor sombrío y tonante. Sus palabras, de vigencia eterna, contienen, en esencia lo que hay de imperecedero en las aspiraciones americanas. Esa reacción de nuestros pueblos contra el colonialismo, entendido como explotación del hombre, es un legado de Bartolomé de las Casas.

En general, los misioneros procuraron desenvolver la cultura indígena, menos en su expresión religiosa, dando libre vuelo a sus valores y enriqueciéndola con el aporte de la técnica europea. La obra trunca de los jesuitas del Paraguay es un ejemplo memorable de lo que se intentó en ese sentido.

Pero España padeció, en el siglo XVIII, de una debilidad, o de una limitación fundamental. El sistema ideológico que elaboró, y que podía servirle de instrumento de dominio de expansión en el mundo moderno, se presentaba con los estigmas de lo extraordinariamente anticulado y, por lo mismo, carecía de poder de captación. No había superado la Edad Media: no salía de la escolástica. Por eso sus colonias se sentían imanas por la gran lumbré que habían encendido los pensadores de la Enciclopedia. La emancipación norteamericana vigorizó esa tendencia, y nuestros próceres corrieron a quemarse en la gran hoguera del 93.

Hubo sin embargo un estadista extraordinario, que pretendió transformar el mundo hispánico en una comunidad de naciones libres, que actuasen en un plano de igualdad

para preservar y desarrollar los valores de la cultura indoespañola. Constituye la gloria del conde de Aranda, la de haber aconsejado a su soberano en 1783, que se deshiciese “espontáneamente del dominio de todas sus posesiones en el continente de ambas Américas”, para “establecer en ellas tres infantes, uno como rey de México, otro como rey del Perú, y otro como rey de Costa-Firme, tomando el monarca el título de Emperador”. “Jamás, argumentaba, han podido conservarse posesiones tan vastas, colocadas a tan grandes distancias de la metrópoli, sin acción eficaz sobre ellas, lo que la imposibilitaba a hacer el bien en favor de sus desgraciados habitantes, sujetos a vejaciones, sin poder obtener desagravio de sus ofensas, circunstancias que unidas todas, no podían menos de descontentar a los americanos, moviéndolos a hacer esfuerzos a fin de conseguir la independencia tan luego como la ocasión les fuese propicia”. Y en contraste con la miopía del monarca que no escuchó sus consejos, añadía, profético, al referirse a los Estados Unidos: “Acabamos de reconocer una nueva potencia en un país en que no existe ninguna otra en estado de cortar su vuelo. Esta república federal nació pigmea. Llegará un día en que crezca y se torne gigante y aún coloso en aquellas regiones. Dentro de pocos años veremos con verdadero dolor la existencia de este coloso. Su primer paso, cuando haya logrado engrandecimiento, será apoderarse de la Florida y dominar el Golfo de México. Estos temores son muy fundados, y deben realizarse dentro de breves años si no presenciarnos otras conmociones más funestas en nuestras Américas”.

4. *La segunda Colonia*

Profeta solitario y sin influjo, el conde de Aranda vio malogrado su sueño de un mundo hispánico libre y poderoso, que pudo haber sido uno de los sillares de la civilización moderna. Las fabulosas Indias se independizaron, atomizándose. Desgraciadamente, fundada la república, en toda América se produjo un retroceso general. Poco a poco el nativo fue despojado nuevamente del dominio de la industria y de la técnica. Perdimos hasta el control de los medios de comunicación. Si en 1810 no se podía navegar por las grandes arterias fluviales del río de la Plata, ni se podía emprender ningún viaje a Europa sino en barcos nativos, de construcción autóctona, en 1855 para ir de Buenos Aires a Rosario había que tomar pasaje en vapores cuyas piezas, hasta las más insignificantes, procedían del extranjero, y el importe del pasaje era suma que emigraba a la patria del armador.

Y lo que aconteció en orden a la industria naval se repite en relación a todas las actividades creadoras del hombre. A un siglo de la epopeya de la independencia, todas las fuentes básicas de la riqueza continental habían pasado a manos del extranjero, y ya no eran los nativos, sino otra vez los advenedizos, quienes ejercían las funciones técnicas que presupone la creación de una cultura. Habíamos perdido el dominio de los instrumentos de liberación, de autonomía, y silenciosamente se inició en América el ciclo de la segunda Colonia, la Colonia invisible de que hablan los economistas. Paradójicamente, los suntuosos festejos celebrados en el centenario de la gesta libertadora, tenían lugar sobre las ruinas de la independencia conquistada con la sangre de los pueblos.

5. *El mimetismo americano*

Se asistía al resultado fatal del mimetismo americano.

Como la emancipación se efectuó bajo el signo de un sistema ideológico que no era trasunto ni de la realidad, ni de los intereses de nuestras repúblicas, caímos inconscientemente bajo las coyundas de nuestros inspiradores lejanos y despreciativos. En el empeño de aniquilarnos para lograr cierto parecido con el modelo, vendimos nuestra alma al diablo. Sarmiento inventó la teoría de nuestra barbarie, y afirmó enfáticamente que la sangre de los gauchos no servía ni para abono. No se trataba de una de esas imitaciones fecundas, que se traducen en la asimilación de valores foráneos y el consiguiente enriquecimiento del propio espíritu; no se trataba de adquirir la capacidad creadora, para desenvolverla al servicio de fines específicamente nuestros, sino de la caricatura, de un simple remedo de lo externo, del gesto y de la indumentaria.

Copiamos constituciones, cuya letra no tenía vigencia en la vida real; copiamos el arte, que descendió a la categoría del cromo. Y no satisfechos aún, fuimos entregando poco a poco nuestras riquezas, los elementos de nuestro poderío, a los señores reverenciados de quienes aprendíamos los vicios, no la capacidad organizadora ni el genio de empresa.

Este mimetismo tiene a veces manifestaciones en que prende la fácil ironía de los europeos. Una de ellas es el aristocratismo de ciertos historiadores. Es difícil que aparezca un personaje célebre en nuestro hemisferio sin que en seguida surja el mito infantil de su genalogía nobiliaria. Creo que tales ficticios antepasados no honran a nuestros varones

ilustres. La aristocracia europea ha tenido su origen en el bandalaje. Taine ha demostrado que la nobleza se instituyó sobre el asesinato y el robo. Es la prosapia de gentes de esta calaña que algunos historiadores, de típica mentalidad colonial, se empeñan en entroncar a nuestros próceres, guerreros y estadistas.

Bolívar es una víctima típica de esta mentalidad. Los genealogistas han tomado a Bolívar como los subastadores al toro de feria: exalta su *pedigree*, para explicar la genialidad como mera revivencia de lo aristocrático europeo, en el primer caso; y para lograr mayor precio por la mercancía, en el segundo caso.

Se trata de una tarea de archiveros que pretenden desdoblarse, grotescamente, en biólogos, en la absurda idea de que el oscuro, insondable, tenebroso proceso uterino puede captarse a través de las partidas de nacimiento. Pero el proceso histórico se desarrolla en sentido inverso que el proceso biológico, y lo que en éste se mira como culminación, en aquel ha de tenerse como principio. La confusión de dos disciplinas tan dispares conduce a lo absurdo.

Podemos saber los nombres de los progenitores de Bolívar, los nombres de sus abuelos y viceabuelos, y determinar su condición civil dentro de la realidad jurídica de su tiempo. Pero de ahí, a negarle sangre americana, para ver en él un vasco puro y sin mezcla, aclimatado en suelo de Indias, es hacer caso omiso de lo más característico de la sociedad americana: el desenfrenado mestizaje, la magnífica fusión de sangre que se halla en su base. Precisamente esta realidad biológica enaltecedora, presidida e influenciada por fuerzas telúricas incontrastables, es la que promete convertir a nuestra vasta, creadora y unificadora América en el asiento de la fraternidad humana.

Históricamente (a la inversa de lo que podría afirmarse dentro de una estricta interpretación biológica), Bolívar no descende de nadie: de él descienden sus antepasados lo mismo que sus pósteros, como descienden por ambas vertientes de la montaña los ríos que nacen en su cumbre. Tan es así, que sólo el hecho de que existió, existe y existirá un Bolívar, explica la paciente acumulación de datos sobre sus parientes anteriores y posteriores, que emergen del olvido por la resonancia contagiosa del Libertador; y que se tornan visibles, en una lejanía de penumbra, gracias a la poderosa luz que enfoca sobre ellos la solar fulgencia del héroe. Es que Bolívar —lo mismo que San Martín, lo mismo que tantos claros varones de América— es un eterno tiempo presente, que incesantemente se distiende sobre lo que fue y sobre lo que

será, sobre lo que se halla atrás y adelante de su ubicación histórica, porque su vitalismo, más potente que la muerte, impregna cuanto problema pasado, presente y futuro pueda plantearse la mente humana en su enconada angustia de saber, comprender y resolver.

6. *El fracaso de una política*

El mimetismo americano, trascendió de las vanidades nobiliarias a la vida real, a la reverencia de todo lo europeo, para terminar en la enajenación de todo lo nuestro. Advino el imperio de la política europeizante, que en el siglo pasado se tradujo en el culto del capital y del hombre europeos, política que convirtió nuestras libres repúblicas en otras tantas factorías. Ella nos trajo muchos males y muy pocos bienes. Ni siquiera se pudo dominar el desierto, la gran ilusión de los ideólogos de la época, que hizo surgir el gran apotegma de Alberdi —“gobernar es poblar”—, como el lema por excelencia del buen gobierno.

Por lo demás, aquella ilusión era explicable. Hasta hubo un principio de éxito en la empresa inicial de poblar con masas europeas el continente. De 1880 a 1930, el Brasil recibió, con bastante regularidad, 80 000 inmigrantes por año, o sea un total de cuatro millones; en el mismo lapso, Argentina absorbió más de cinco millones de europeos; y el Uruguay, más de la mitad de su población actual. La excepción, en el Río de la Plata, la constituye el Paraguay, que en ese lapso no recibió ni cuarenta mil inmigrantes.

El fracaso de esta orientación se hizo patente en 1930, cuando fue abandonada la llamada política de la “puerta abierta”. Argentina dictó una rigurosa reglamentación que impide la entrada de inmigrantes que no tengan un trabajo seguro en el país o un capital mínimo fijado anticipadamente; Brasil hizo lo propio, protegió el mercado del empleo a beneficio de los nativos, y preso de repentinas preocupaciones de asimilación étnica, señaló como cuota de inmigración el dos por ciento del total de inmigrantes establecidos en el país durante el último siglo transcurrido. Paraguay adoptó una política similar a la de Argentina, y Uruguay, más radical que todos, dictó la ley del 19 de julio de 1932, prohibiendo la entrada de inmigrantes por un año, término que fue prorrogado varias veces.

No hay que pensar que estas restricciones eran pasajeras; ellas marcan una nueva etapa en la vida de las naciones americanas. Verdad que en los cuatro países a los que limitamos nuestras referencias, sobran tierras y faltan habitantes, pero se han estructurado ciertas condiciones económi-

cas, difíciles de transformar rápidamente, que conducen a un relativo estancamiento de la población.

La densidad de la población se halla determinada por condiciones económicas que le marcan un límite. Las industrias y las grandes empresas que ocupan gran número de empleados son la causa del desmesurado desarrollo demográfico de las ciudades modernas, mientras en las zonas rurales entran en juego el precio del salario, el valor de la tierra y el costo de comercialización de los productos, aparte de otros factores concurrentes, muchos de ellos de carácter regional. Por eso, allí donde las condiciones económicas son más propicias, como acontece en Argentina, en Uruguay y en San Pablo (Brasil), la población arraigada es mucho más densa que en el Paraguay y que en el noroeste brasileño. Mientras en Argentina el jornal del asalariado agrícola era en 1930 de 2 a 4 pesos en tareas de sol a sol, y en San Pablo de 5 a 12 mil reis, en el Paraguay ese jornal no pasaba de cincuenta centavos argentinos, y en los Estados brasileños del norte oscilaban entre los 3 y los 7 mil reis.⁴ He aquí la razón profunda que marca límites a la población americana.

Un menor costo en la comercialización de los productos agrícolas, salarios más humanos y un mayor desarrollo del crédito, con una tasa de interés que no pase del cuatro por ciento, serían algunas de las condiciones que han de cumplirse previamente para superar la estagnación demográfica. El ahorro y la acumulación de productos son lo que hacen posibles las poblaciones densas. Como dice Enrique Sievers, en una referencia al Brasil generalizable a toda Indoamérica, "aún siendo factible el establecimiento de inmigrantes en condiciones tan primitivas, en nada se aumentaría con ello el progreso económico de un país. Al contrario, puede él representar un peso muerto en la obra del progreso social que incumbe a toda sociedad organizada. Para que la colonización sea viable, se requiere una probabilidad, por mínima que sea, de vender una parte de los productos del suelo para obtener, a cambio de ella, los bienes y servicios necesarios para una vida civilizada. Y así es como debe establecerse el límite práctico de toda inmigración colonizadora en un país, por colmado que esté de todos los dones de la naturaleza".

² Hay que tener presente que los salarios vigentes en 1930 se fijan en monedas de los respectivos países (menos los del Paraguay, que en aquella época tenía prácticamente como patrón monetario el peso argentino), teniendo en cuenta el valor legal y adquisitivo que tenían en aquel año.

8. *Europa y América*

Estos hechos nos llevan a considerar nuestra posición dentro de la civilización occidental, frente al Viejo Mundo. Pero ningún problema que tenga simultánea conexión con Europa y América, puede ser captado en sus elementos constitutivos, con relativa veracidad, si no precede a su estudio un análisis de las diferenciaciones de ambos continentes.

“Es Europa, escribió Víctor Morínigo en 1936, un continente poco extenso, subdividido en pequeñas regiones geográficas y etnográficas bien acusadas que crean condiciones de vida netamente diferenciadas entre los diversos pueblos que comprenden dentro del hemisferio boreal. Su barroquismo geográfico parecería haber tenido influencia en el divisionismo feudal típicamente europeo, que es barroquismo político y social. América, en cambio, comenzando del Canadá, pasando por el Gran Cañón del Colorado, la meseta mexicana, los Andes, las grandes selvas del Brasil y del Paraguay, al altiplano altoperuano, la llanura pampeano-chaqueña hasta el Cabo de Hornos, ofrece una sensación tal de grandeza coherente —con sus montañas desmesuradas, sus ríos enormes y sus vastas selvas y las llanuras que se extienden a lo largo de los hemisferios con sus litorales marítimos batidos por los magnos océanos que la separan del mundo asiático y de las costas de África y Europa—, que no puede desligarse de un recóndito y fuerte espíritu de unidad sin visibles complejidades diferenciales.

“Europa es un continente disminuido en sus posibilidades naturales, con sus campos esquilados por cultivos milenarios y saturado de población dentro de estrechos límites. Económicamente se encuentra en la decrepitud. Y frente a la realidad europea se levanta América, económicamente joven, con un enorme margen de riquezas naturales aún vírgenes y aprovechables por centenares de millones de habitantes más de lo que posee en el presente dentro de sus dilatados límites.

Las nacionalidades europeas constituyen osificaciones de pueblos esencialmente predatorios. Su civilización se edificó con elementos habidos en la rapiña, por medio de la conquista violenta y el sometimiento de los vencidos. La sentencia de Breno, *Vae Victis*, entraña un concepto moral y político esencialmente europeo que derivó de la explotación del hombre por el hombre, modalidad característica sintentizada en el terrible aforismo repetido por Hobbes: *Homo Hominis Lupus*, fundamento de toda una filosofía”.

Llevado por una instintiva vocación de libertad, América,

en contraposición a Europa, irrumpe en la historia como el abanderado de la fraternidad humana. Sus ejércitos, cuando trascienden las fronteras regionales, van para romper cadenas y no para oprimir hermanos, al menos cuando actúan obedeciendo la auténtica voluntad de los pueblos. Si en nuestro continente hubo también atropellos a la ajena soberanía y si nuestro pasado no se halla virgen de conquistas y rapiñas, hay que confesar que esas desviaciones de la vocación colectiva han sido siempre la obra de gobernantes de mentalidad colonial, europeizada, que creían propio de la civilización el abusar del desequilibrio de los poderes. Esa misma mentalidad de sometidos, sirvió de instrumento a la política de las potencias europeas que, sobre las ruinas del imperio español, crearon el régimen de la colonia invisible, después de lograr la atomización de nuestro hemisferio.

9. La Magna Europa

¿Pero dónde termina Europa y comienza América? La Argentina de comienzos de este siglo, se enorgullecía de ser un pedazo de Europa, un pueblo de arios, antes que una nación americana, de piel cobriza. Y en el sentir de muchos penetrantes pensadores, "América termina en el Río Grande". "Desde esa corriente fluvial hacia el norte, arguye Víctor Morínigo, se halla constituida una nación —o dos que prácticamente pueden ser una—, que indudablemente representa a una sección especial de la raza blanca y a una sección particular de la civilización occidental. Podemos evocar ante la nación norteamericana y el Canadá, el recuerdo redivo de la Magna Grecia".

Efectivamente, al norte del Río Grande, florece una gran civilización, que representa frente a Europa lo que en la antigüedad representaron las florecientes colonias helénicas del Mediterráneo frente a la civilización ateniense. Esa vasta porción del Nuevo Mundo, era en la segunda mitad del siglo pasado, "la tierra típica del *pioneer*, donde el éxito era la justificación de todo; donde el europeo, el inmigrante, desbocaba sus apetencias en un amplio estadio virgen, libre de los prejuicios de las sociedades antiguas". Y cuando en sus clases dirigentes primó la concepción de vida europea, condujeron a su pueblo por el camino de las usurpaciones, creando resentimientos que a ratos aún arden como el último rescoldo entre un montó de cenizas.

No obstante, en los últimos años se observa en los Estados Unidos un vigoroso renacimiento del verdadero espíritu americano, del espíritu propio de nuestro hemisferio, que

somete el poderío material a una concepción ética de la vida. Es decir, los Estados Unidos vuelven a sus orígenes remotos; a los principios cuya práctica le dieron grandeza, prestigio y espectabilidad; a recuperar aquella personalidad cuya esencia antieuropea Emerson señaló con estas palabras: "América comienza a afirmarse así misma en los sentidos y en la imaginación de sus hijos y Europa retrocede en el mismo grado".

Como hemos señalado ya, también el Río de la Plata, sobre todo la tierra argentina, corrió el riesgo de desamericanizarse, de tornarse a su vez otra porción de la Magna Europa. Pero el proceso de la europeización argentina se inició demasiado tarde. La llamada conquista del desierto, episodio equivalente a la extirpación de los *pieles rojas* en los Estados Unidos, se produjo con excesivo retardo.

Hubo otros dos factores que contribuyeron a ese fracaso, o mejor dicho, a esa salvación del alma argentina. Prosiguiendo el símil, diremos que los Estados Unidos se independizaron en la edad de las carabelas, y como consecuencia, un relativo aislamiento les permitió asimilarse y desarrollar en su suelo los valores de la cultura europea, sin correr el riesgo de una absorción. Las masas inmigrantes aprobaron a sus costas con años de anticipación que en la Argentina, y gracias a la lentitud de las comunicaciones esos millares de advenedizos pudieron romper rápidamente sus vínculos con la tierra nativa. La nación se despreocupó de defender su concepción de vida, porque no advirtió amenazas exteriores, y estuvo a punto de desnaturalizarse. En cambio, en la Argentina la corriente inmigratoria se inicia en la edad del vapor, del telégrafo, de las comunicaciones rápidas, y pronto se sintió la necesidad de defenderse, de americanizar esos contingentes humanos, para salvar la independencia. Un esfuerzo de captación extraordinaria se desplegó para nacionalizar a los recién llegados, y por medio de la educación se argentinizó a sus hijos. Las obras de Ricardo Rojas representan la más orgánica, la más brillante contribución de la inteligencia autóctona a este empeño. Rojas es hombre del interior, siente telúricamente la patria, tal vez por herencia india, y la grandeza de su labor no puede ser medida ni comprendida si no se tiene en cuenta la época de su aparición y los angustiosos objetivos que animan sus creaciones de historiador, de crítico y de poeta.

En nuestros días, después de la aparición del avión y de la radio, aun los Estados Unidos tienen que fijar cuotas a la inmigración, para defender de la destrucción la propia individualidad.

El segundo factor que actúa en la Argentina es aún más importante y decisivo. En ella el afán europeizante del litoral se ve contrarrestado por el espíritu americano de los pueblos del interior. Lo que Sarmiento llamó lucha entre la civilización y la barbarie es en realidad la lucha entre Europa y América, que se inicia, no el año 10, sino en los albores de la Colonia. Cada vez que Buenos Aires se deja llevar por sus veleidades europeizantes, choca con el interior; pero en todas aquellas ocasiones en que resiste a la agresión europea, indios y mestizos deponen su encono y corren en defensa de la capital. No es únicamente en los días de la Reconquista que se ven confundidos en los muros de la gran ciudad, en lucha contra el agresor europeo, paraguayos y argentinos; la historia ya había presenciado el mismo hermoso espectáculo en muchas ocasiones similares. Ya en 1698, dos mil guaraníes acudieron a defender Buenos Aires contra la amenaza de los franceses; estos aguerridos indígenas levantaron las fortalezas de Buenos Aires y Montevideo, y la completaron tiempo después, sin aceptar remuneración; y en 1779 y años subsiguientes, durante la guerra con Inglaterra que terminó con la paz de Amiens en 1783, fueron ellos los que, según el testimonio del gobernador Zavala “tripularon las 25 lanchas cañoneras del Río de la Plata y manejaban los trenes de artillería volante sobre sus riberas”. El pasado abunda en episodios de esta índole, rigurosamente expurgados de las historias oficiales, y que prueban, por lo menos, que nunca hubo en estas tierras la supuesta lucha entre la civilización y la barbarie, el decantado choque entre porteños y provincianos; la pugna fue entre Europa y América, pugna en la que finalmente se impuso al espíritu nativista. Por eso la Argentina de hoy es un fragmento vivo de América, y no una Magna Europa del Sur.

10. *La unidad continental*

Queda el problema de los Estados Unidos, problema que puede ser mirado con un optimismo que nace del análisis de los hechos.

Con la llegada de la madurez, se advierte en ese gran país la aparición de un patriotismo americano, de un patriotismo continental. No se puede negar que actualmente, dueño como es de un poder incontrastable en el mundo, usa de él con un sentido moral y una medida de que no serían capaces, en circunstancias idénticas, ni Inglaterra, ni Francia, ni Rusia, ni ninguna de las potencias de Asia y de Europa. Prima en el desarrollo de su política la concepción ame-

ricana de la vida sobre la doctrina europea del *Vae Vitis*. Esa americanización de los Estados Unidos se acentuará aún más cuando, al término del ciclo crítico a que ha entrado el mundo, sienta el odio y el desprecio de una Europa que jamás le va a perdonar la pérdida de su hegemonía en el mundo.

Hay la tendencia de señalar como característica de los Estados Unidos una concepción puramente materialista de la vida, en contraposición a la espiritualidad indoamericana. Esta apreciación proviene de la boga que tuvo y tiene en el norte la ciencia aplicada, como resultado de un prodigioso desarrollo económico, que primero alcanzó y después superó el industrialismo europeo.

¿Qué hay de verdad en esto? ¿Qué hay detrás de las realizaciones materiales?

Sí, ahondando hasta más allá del fenómeno económico, captamos las corrientes filosóficas predominantes en ambas porciones del continente, descubriremos similitudes e identidades insospechadas. Las colonias españolas se educaron bajo el signo de la filosofía tomista, o sea de un aristotelismo cristiano, que no pudo prosperar, porque la mentalidad criolla estaba más cerca del platonismo agustiniano, que tuvo expresiones peculiares, propias de una sociedad que amaba la ciencia y las realidades cotidianas. Las colonias inglesas, bajo el influjo de un platonismo cristiano difundido por la escuela de Cambridge, también aceptó un idealismo corregido por cierta tendencia hacia lo empírico, que aparece claramente en Benjamín Franklin. En suma, en todo el continente predominó una corriente idealista de raigambre ateniense.

El idealismo de ambas Américas no deriva de Descartes, ni de Locke, ni de sus epígonos, quienes parte del supuesto de que el mundo que conocemos es una sombra ilusoria, una creación poética: un fenómeno mental. El idealismo de la Europa moderna es profundamente pesimista, porque es esencialmente pesimista su teoría del conocimiento.

El idealismo platónico no elude la realidad y es en cierto modo evolucionista. Cree tan real al mundo, que lo supone capaz de una perfectibilidad indefinida, en la búsqueda del arquetipo inmanente, en el constante esfuerzo por realizar la idea. Es el optimismo radical de esta filosofía lo que seduce al temperamento americano.

La creencia en la perfectibilidad, la fe en el progreso incesante, son rasgos permanentes, casi invariables, de la mentalidad continental. Por eso, cuando entró de moda el positivismo, fue mayor la boga del positivismo evolucionista de

Spencer que del positivismo estático de Augusto Comte.

La creencia es el factor dinámico de nuestras sociedades; el entusiasmo moral puede más que la metafísica. Somos amigos de las realizaciones prácticas, pero siempre descubrimos un substractum espiritual en todos los valores materiales. Y simultáneamente, queremos que la filosofía se sumerja en el mundo concreto que vivimos cotidianamente, para iluminar nuestros problemas vitales, y no que se retire a un mundo absoluto colocado fuera del tiempo, sin posibilidad de iluminar ni resolver nuestros conflictos.

Todo esto es común a los pueblos del continente.

Es cierto que los americanos del Norte se nos han adelantado considerablemente en conocimientos científicos y en progreso material; pero es posible que en los del Sur permanezca más alerta el sentido de lo espiritual. A todos nos anima un humanismo trascendente, la fe en la democracia, el culto de las libertades fundamentales del hombre. Creemos en una cultura americana, cuyas características esenciales son la humanidad, en el sentido cristiano de la palabra, y en la primacía de lo espiritual, que da sentido y perennidad a los monumentos materiales con que los pueblos capaces jalonan su paso por la historia. Creemos que la paz es nuestro destino y nuestro estado natural. Y aspiramos a la universalización de las características de nuestra Cultura, no por vocación imperialista, sino por una pasión de servicio a la humanidad.

Tales son nuestras afinidades. Hay que advertir, sin embargo, que ellas pueden ser destruidas por nuestra desarmónica evolución económica. Hay el peligro de que los países más desarrollados pretendan explotar colonialmente a los menos desarrollados, en vez de ayudarlos a superar rápidamente el retraso en que los mantiene factores geográficos e históricos adversos. Si las Américas no incurren en esta materia de los mismos errores de Europa; si no pretenden dar un trato de privilegio a los fuertes y aceptar la opresión de los débiles; si no se apartan de su filosofía simultáneamente idealista, dinámica y creadora; en una palabra, si se deciden a ser las servidoras del hombre libre, su hegemonía en el mundo marcará uno de los períodos más felices y brillantes de la Historia universal.

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos
se terminó de imprimir en los talleres de Imprenta Madero, S. A.,
Avenida 102, México 13, D. F. en septiembre de 1979.
Se tiraron 10,000 ejemplares.

TOMO VIII:

71. Francisco Miró Quesada, FILOSOFIA DE LO AMERICANO TREINTA AÑOS DESPUES. 72. Gabino Barreda, ORACION CIVICA. 73. Angel Rama, APORTACION ORIGINAL DE UNA COMARCA DEL TERCER MUNDO: LATINOAMERICA. 74. José Ingenieros, JOSE VASCONCELOS. 75. Ricaurte Soler, LA NACION LATINOAMERICANA PROYECTO Y PROBLEMA. 76. Laureano Vallevilla Lanz. DISGREGACION E INTEGRACION. 77. Fidel Castro, DISCURSO EN EL XXV ANIVERSARIO DEL ASALTO AL MONCADA. 78. Alfredo L. Palacios, BOLIVAR Y ALBERDI. 79. José Luis Roca, BOLIVIA EN ARGUEDAS Y TAMAYO. 80. José Velasco Alvarado, LA REVOLUCION PERUANA.

TOMO IX:

81. Víctor Massuh, HOSTOS Y EL POSITIVISMO HISPANOAMERICANO.



RECTOR

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

SECRETARIO GENERAL ACADEMICO

Dr. Fernando Pérez Correa

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Dr. Abelardo Villegas

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Dr. Leopoldo Zea.

COORDINADOR DE HUMANIDADES

Dr. Leonel Pereznieta Castro

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD

Lic. Elena Jeannetti Dávila

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

Dr. Efrén C. del Pozo.